

porcionaran dos mil hombres para transportar su artillería y bagajes. Los gefes, despues de alguna deliberacion, convinieron en una demanda que en cierto modo favorecia sus designios.

Luego que partieron, llamó el general á los diputados aztecas. Les refirió succinctamente el pérfido proyecto que habia descubierto para destruir al ejército, el cual se imputaba á su señor Montezuma. Sentia mucho, agregó, saber que el emperador estuviese implicado en tan inicua trama, y que los españoles tuvieran que marchar como enemigos contra el príncipe á quien habian esperado visitar como amigos.

Los embajadores con las mas solemnes protestas aseguraron se hallaban ignorantes de la conspiracion; y creian que Montezuma estaba asimismo inocente respecto de un crimen que hicieron recaer todo sobre los choluleses. Notoriamente era la política de Cortés guardar armonía con el monarca indio; aprovecharse hasta donde pudiera de sus buenos oficios, y de la imaginaria seguridad que pudiera inspirarle para cubrir sus futuras operaciones. Afectó, pues, dar crédito á la asercion de los enviados, y declaró su repugnancia en creer que un monarca que habia prestado á los españoles tantos oficios amistosos, hubiera intentado consumir la obra con un hecho de incomparable bajeza. El descubrimiento de la falsedad de los choluleses, agregó, habia excitado su resentimiento contra estos, de quienes tomaria tal venganza, que satisfaria así las injurias hechas á Montezuma como á los españoles. Despues despidió á los embajadores, cuidando, no obstante las pruebas de confianza que les habia mostrado, de ponerlos bajo la vigilancia de una competente guardia, para impedirles la comunicacion con los choluleses (22).

Esa noche fué de la mayor ansiedad para el ejército. Les parecia que el terreno que pisaban se hundia bajo sus piés, y que cada momento podia ser el señalado para su destruccion. El activo general tomó las precauciones necesarias para su seguridad, aumentando el número de los centinelas y colocando los cañones de manera que pudieran defender las avenidas del campo. Ya debe suponerse que no cerró los ojos en toda la noche. Cada español se tendió sobre sus armas, y todos los caballos estuvieron ensillados y enfrenados, prontos para el servicio luego que se necesitasen. Pero ningun ataque se meditaba por parte de los indios, y el silencio de la noche era solo turbado por el sordo ruido que de cuando en cuando se oye en una ciudad populosa aun cuando está sepultada en el sueño, y por el ronco grito de los sacerdotes, que desde las torres de los teocallis, anunciaban las horas por medio de sus bocinas (23).

(22) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 83.—Gomara, Crónica, cap. 59.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 65.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 39.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 83, cap. 4.—P. Mártir de Anglería, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 2.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 1.—Argensola, Anales, lib. 1, cap. 85.

(23) „Las horas de la noche las regulaban por las estrellas, y tocaban los ministros del templo que estaban destinados para este fin, ciertos instrumentos como bocinas, con que hacian conocer al pueblo el tiempo.” Gama, Descripcion, parte 1, p. 14.

CAPITULO VII.

HORRIBLE CARNICERIA.—RESTABLECESE LA TRANQUILIDAD.—REFLEXIONES SOBRE LA MATANZA.—PROCEDIMIENTOS ULTERIORES.—ENVIADOS DE MONTEZUMA.

1519.

Los primeros rayos de luz de la mañana vieron á Cortés á caballo dirigiendo los movimientos de su pequeño ejército. Reunió sus fuerzas en la gran plaza ó atrio, rodeado como hemos dicho, en parte por edificios, y en parte por una alta muralla. Habia tres puertas de entrada, y en cada una de ellas colocó una numerosa guardia, apostando el resto de sus tropas y su artillería gruesa en el recinto, de manera que pudieran dominar las avenidas y asegurar á los que estaban adentro de no interrumpir su sangrienta ocupacion. Habiasse mandado orden la noche anterior á los gefes tlascaltecas de que estuviesen prontos para marchar á la ciudad á una señal concertada y unirse á los españoles. Apenas se completaron estos preparativos, cuando aparecieron los caciques choluleses con un número de tamanes ó mozos de cordel mayor del que se les pidió. Se dirigieron al interior del atrio, que como hemos visto estaba dominado por la infantería española colocada en batalla bajo de los muros. Entonces tomó Cortés aparte á algunos de los caciques, y con aspecto severo les hizo cargo de la conspiracion, manifestándoles sabia bien todos sus pormenores. Habia visitado la ciudad, dijo, por invitacion del emperador: habia venido como amigo: habia respetado á los habitantes y sus propiedades; y para evitar toda causa de ofensa, habia dejado una gran parte de sus tropas fuera de los muros de la ciudad. Ellos lo recibieron con muestras de hospitalidad y benevolencia; confiando en esta, habia sido atraido á la trampa, y encontrado que su bondad era solo una máscara que cubria la mas negra perfidia.

Causó este discurso en los choluleses la misma confusion que el estallido del rayo. Un indefinido terror se apoderó de ellos al ver á los misteriosos extranjeros, y sentian hallarse en presencia de seres que parecia podian leer sus pensamientos cuando apenas los habian concebido. Era inútil recurrir al engaño y negar ante tales jueces. Confesaron todo y procuraron excusarse culpando á Montezuma; pero Cortés, tomando por esto un aire de la mayor indignacion, aseguróles que de nada les serviria su excusa, pues aun cuando fuera cierta, no los justificaria, y estaba resuelto á hacer en ellos un ejemplar escarmiento, que sonaria por todos los extensos límites del Anáhuac.

Dióse entonces la fatal señal, el tiro de un arcabuz. En un instante asestá-

ronse todos los fusiles y armas de fuego á los infortunados choluleses que se hallaban en el atrio, y se les dirigió una horrible descarga estando reunidos en el centro como una manada de ciervos. Fueron tomados por sorpresa, pues no habian oido el diálogo que precedió con los gefes. Casi no hacian resistencia á los españoles, que siguieron la descarga de sus piezas usando de las espadas; y como los cuerpos medio desnudos de los indios no ofrecian proteccion, los herian con tanta facilidad como el labrador siega sus mieses en tiempo de cosecha. Algunos procuraban escalar los muros, pero solo ofrecian así un blanco mas seguro á los arcabuceros y archeros. Otros se precipitaban á las puertas, y allí eran recibidos con las largas picas de los soldados que las guardaban. Unos pocos tuvieron mejor suerte ocultándose en los montones de cadáveres de que estaba regado el suelo.

Mientras se verificaba esta horrible carnicería, los compañeros de los asesinados indios, atraídos por el ruido de la matanza, emprendieron desde afuera un furioso ataque sobre los españoles; pero Cortés habia colocado su gruesa batería en una posicion que dominaba las avenidas y arrasaba las filas de los asaltantes tan pronto como se acercaban. En el intervalo de una descarga á la otra, que en el estado de imperfeccion que en aquella época tenia la ciencia de la guerra era mucho mas largo que en la nuestra, los hacia retroceder cargando con la caballería. Los fogosos corceles, los cañones, las armas de los españoles, todo era desconocido para los choluleses; quienes no obstante la novedad de aquel horrible espectáculo, de la luz de las armas de fuego mezclada con el sordo estruendo de la artillería, que retumbaba entre los edificios, se apresuraban á ocupar el puesto de los que habian perecido.

Mientras se verificaba esta terrible lucha, los tlascaltecas, oyendo la señal concertada, habian avanzado apresuradamente hácia la ciudad. Traian por orden de Cortés atadas alrededor de sus frentes, hojas de esparto para poder así distinguirse de los choluleses (1); y llegando en el ardor del combate, cayeron sobre la indefensa retaguardia de éstos, que pisoteados, heridos por las herraduras de la caballería castellana y atacados por sus vengativos enemigos, no pudieron mantener el terreno por mas tiempo. Cedieron, refugiándose á los edificios inmediatos, los cuales siendo en parte de madera, fueron prontamente incendiados. Otros huyeron á los templos; y un fuerte destacamento con algunos sacerdotes á su cabeza, se apoderó del gran teocalli. Habia una tradicion vulgar, que ya se ha referido, de que removiéndose parte de las murallas, la deidad tutelar enviaria una inundacion que envolveria á sus enemigos. Los supersticiosos choluleses lograron arrancar algunas de las piedras de los muros del edificio; pero polvo y no agua produjeron. Su falsa divinidad los

(1) „Usaron los de Tlaxcalla de un aviso muy bueno, y les dió Hernando Cortés porque fueran conocidos y no morir entre los enemigos por yerro, porque sus armas y divisas eran casi de una manera; ...y así se pusieron en las cabezas unas guirnal-das de esparto á manera de torzales, y con esto eran conocidos los de nuestra parciali-dad, que no fué pequeño aviso.” Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

abandonó en la hora del peligro. Poseidos de desesperacion se refugiaron á las torres de madera que coronaban el templo, y arrojaban piedras, jabalinas y flechas encendidas sobre los españoles, que subian la escalera principal de ciento veinte escalones, abierta en el frente de la pirámide. Pero aquella terrible lluvia caia sin hacer daño en los acerados cascos de los cristianos, y antes bien se aprovecharon de los dardos incendiados para poner fuego á la ciudadela, que pronto se convirtió en cenizas. Todavía la guarnicion se sostuvo, y se dice, que aunque se les ofreció cuartel, un solo cholulense lo admitió. El resto se precipitó de los parapetos, ó pereció miserablemente entre las llamas (2).

Todo era desolacion y desorden en la hermosa ciudad que poco antes reposaba segura y en paz. Los gemidos de los moribundos, las súplicas del vencido implorando piedad, se mezclaban con el grito de guerra de los españoles, y con el penetrante aullido de los tlascaltecas, que desahogaban su rencor y rivalidad tanto tiempo alimentados. Crecia mas la confusion con el incesante trueno del fusil y el crujido de la madera, la cual al caer esparcia una flama que aumentaba la nacarada luz de la mañana, haciendo todo una horrible mezcla de llantos y gemidos que convirtieron á la ciudad santa en un *pandemonium*. Luego que la resistencia cesó, los vencedores se arrojaron á las casas y lugares sagrados, saqueando cuanto contenian de valor, plata y joyas que encontraron en bastante cantidad, trajes y provisiones, codiciadas mas que las primeras por los sencillos tlascaltecas, lo que facilitó la division de los despojos á satisfaccion de sus confederados los cristianos. Es digno de notar que en medio de esta universal licencia se respetaron las órdenes del general sobre que ninguna violencia se cometiera con las mugeres y niños, aunque los tlascaltecas habian hecho prisioneros á muchos de estos y de aquellas, así como á los hombres con el fin de reducirlos á esclavitud (3). Estas escenas de horror duraron algunas horas; hasta que Cortés, movido de las súplicas de los gefes choluleses que se habian escapado de la matanza y de los enviados mejicanos, consintió, por consideracion, segun dijo, á los representantes de Montezuma, en llamar á sus soldados é impedir en cuanto pudo que continuaran los ultrajes. Se permitió tambien á dos de los caciques fueran á prometer perdon y proteccion á todos aquellos de sus camaradas que volvieran á la obediencia, cuyas medidas produjeron su efecto. Por los concertados esfuerzos de Cortés y de los caciques se apagó el desorden, aunque con mucha dificultad. Los combatientes, tanto españoles como indios, se reunieron bajo sus banderas respectivas, y los choluleses, descansando en las seguridades de sus gefes, volvieron unos despues de otros á sus hogares.

El primer acto de Cortés fué influir en los guerreros tlascaltecas para que li-

(2) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4 y 45.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 40.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 84.—Gomara, Crónica, cap. 60.

(3) „Mataron casi seis mil personas sin tocar á niños ni mugeres, porque así se les ordenó.” Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 2.

bertaran á sus prisioneros (4). Era tal su deferencia al comandante español, que convinieron aunque no sin alguna murmuracion, contentándose con los ricos despojos de los choluleses, que consistian en varios efectos de lujo desconocidos hacia mucho tiempo en Tlascala. El segundo objeto de su cuidado fué limpiar la ciudad, particularmente de los cuerpos muertos, que amontonados en las calles y plaza principal, comenzaban á corromperse. El general en su carta á Carlos V, expresa que murieron tres mil: los mas de los escritores dicen que seis; y algunos otros hacen subir este número. Como que una de las víctimas fué el mas anciano y principal de los caciques, Cortés ayudó á los choluleses á elegir su sucesor (5). Con estas pacíficas medidas se restableció gradualmente la confianza. Los habitantes de las inmediaciones, alentados con las seguridades que recibieron, se trasladaron á la capital á cubrir el lugar de su poblacion disminuida. Abriéronse otra vez los mercados, y continuáronse las ocupaciones de una comunidad ordenada é industriosa. Todavía los grandes montones de negras y menudas ruinas atestiguaban el huracan que habia recientemente soplado sobre la ciudad, y los muros que presenciaron la escena de la carnicería en el grande atrio y que permanecieron mas de cincuenta años despues del acontecimiento, recordaban la triste historia de la matanza de Cholula (6).

(4) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 83.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., ubi supra.

(5) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 83.

Los descendientes del cacique principal de Cholula, viven hoy en Puebla, segun Bustamante. Gomara, Crónica, trad. de Chimalpain, (Méjico, 1826,) tom. 1, p. 98, nota.

(6) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 66.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 84.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4 y 45.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 83.—Gomara, Crónica, cap. 60.—Sahagun Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.

Las Casas, en su Tratado impreso sobre la destruccion de las Indias, trae una descripcion de estos hechos con otras circunstancias bastante extraordinarias. Segun él, ordenó Cortés que cien ó mas de los caciques fueran empalados ó quemados, atados á un poste. Agrega, que mientras en el atrio se verificaba la matanza, el general español repetia el trozo de un antiguo romance que describe á Neron, regocijándose en ver las incendiadas ruinas de Roma:

„Mira Nero de Tarpeya,
Á Roma como se ardia.
Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolia.”

(Brevisima relacion, p. 46.)

Creo que este es el primer ejemplo en la historia, de que persona alguna deseara igualarse á aquel emperador. Bernal Diaz, que habia leído „la interminable narracion,” como él la llama, de Las Casas, la trata con mucho desprecio. La relacion que él hace de este hecho, una de las seguidas principalmente en el texto, está corroborada con el dicho de los misioneros que despues de la conquista visitaron á Cholula é investigaron este

Este pasaje es uno de los que han impreso una negra mancha sobre la memoria de los conquistadores. No puede considerarse en nuestros dias, sin horror, el estado de esa hermosa y floreciente capital, invadida en el silencio y entregada á los excesos de una ruda y cruel soldadesca; pero para juzgar exactamente del hecho, debemos transportarnos al tiempo en que aconteció. La dificultad primera que ha de encontrarse, es la de justificar el derecho de conquista; mas debe tenerse presente, que la infidelidad, sin atender á si provenia de ignorancia ó educacion, si era herética ó pagana, en aquel siglo y aun en épocas posteriores, era considerada como un pecado que debia castigarse con el fuego y el hierro en este mundo, y con eternos sufrimientos en el otro. Esta doctrina, monstruosa como es, era el credo de la Iglesia romana, ú en otras palabras, de la cristiana; la base de la inquisicion, y de otras muchas persecuciones religiosas, que en diversos tiempos han manchado la historia de casi todas las naciones de la cristiandad (7). Con arreglo á este código, el territorio de los gentiles, donde quiera que se hallase, era considerado como una especie de bienes

punto con la ayuda de los sacerdotes y varios ancianos, que aun vivian y habian presenciado aquellos acontecimientos. Está confirmado en lo sustancial, con la asercion de los otros contemporáneos. El excelente obispo de Chiapas, escribió con el objeto manifesto de excitar la simpatia de sus paisanos en favor de los oprimidos nativos; objeto ciertamente generoso, pero que lo hizo separar con mucha frecuencia de la estricta línea de la imparcialidad histórica. No fué él testigo ocular de los sucesos de Nueva-España, y estaba muy dispuesto á creer todo lo que pudiera contribuir á su fin y á recargar con exceso, si así puede decirse, su argumento, con relaciones de sangre y carnicería, que por su extravagancia llevaban en si mismas la refutacion.

(7) Puede encontrar el lector una aclaracion sobre lo observado en el texto, en las últimas páginas del cap. 7, parte 2 de la obra, „History of Ferdinand and Isabella,” donde me he empeñado en demostrar cuán profundamente impresas estaban estas convicciones en España en la época de que tratamos. Poco habia ganado el mundo en ideas de liberalismo en los tiempos del Dante, quien friamente pudo disponer de los grandes y de los buenos de la antigüedad en uno de los círculos del Infierno, porque ciertamente no por falta suya, habian venido demasiado pronto al mundo. Estos memorables versos, así como otros muchos del inmortal bardo, atestiguan al mismo tiempo la fuerza y la debilidad del entendimiento humano. Pueden citarse como una buena prueba de los sentimientos populares á principio del siglo diez y seis.

„Ch'ei non peccaro, é, s'egli hanno mercedi,

Non basta, perch'e non ebber battesmo,

Ch'è porta della fede che tu credi.

E, se furon dinanzi al cristianesimo,

Non adorar debitamente Dio;

E di questi cotai son io medesimo.

Per tai difetti, e non per altro rio,

Semo perduti, e sol di tanto offesi

Che sanza speme vivemo in disio.”

INFERNO, canto 4.